

## MAL CARÁCTER

Hay una época del año en que París se hace insoportable, y los más fervientes adoradores del asfalto del boulevard suspiran pensando en el aire puro del campo.

Así pensaba una noche de verano Mauricio Laugier, protagonista de esta historia, buscando en balde el sueño en su cama revuelta por el insomnio.

Era á fines de Junio, y ya hacia días que un calor implacable convertía la gran ciudad en un infierno.

Mauricio Laugier, parisiense impenitente, tan aficionado á los viajes como los gatos al agua, tomó sin embargo, al nacer el día, una heroica resolución.

Algunas horas después, Mauricio recogía en la estación del Norte un billete para Montmorency. Bastante era.

Pero ya en el tren, empezó á sentir súbitamente un gran amor hacia el campo. No dejaba pasar una acacia, ni una amapola, ni una parra agarrada á la caseta de un peón caminero, sin dirigirle ávida mirada, diciendo:

—¡Qué bonito es esto! Quizás el hombre esté hecho, al fin y al cabo, para vivir en el campo.

En Montmorency todo estaba alquilado, y el joven creyó un momento que tendría que volverse á la ciudad. Acabó, sin embargo, por en-

contrar una habitación no muy buena en un piso bajo de la calle Mayor.

Gracias á lo bien dispuesto que se hallaba, todo le divertía: las puertas que chillaban, sin dejarse abrir ni cerrar, los ladrillos de un colorado rabioso que sonaban bajo los zuecos del ama como las losas de una iglesia, los ramos de flores de papel que en la cómoda estaban á ambos lados de un Niño Jesús de cera amarilla, echado en un establo. Leyó con interés los letreros de los extraordinarios grabados que adornaban las paredes, y que decían: *La pulga en la oreja, No despertéis al gato, Se querían y se lo decían*, etc.

Mirándose en un espejo con marco de caoba imitada, sintió un momentáneo espanto, porque su rostro, agradable generalmente, le parecía raro é hinchado. Reconoció, por fortuna, la infidelidad del espejo, y, riéndose á carcajadas, se tumbó en el terciopelo amarillo y raído de un sillón viejo, cuya dureza le sorprendió dolorosamente.

Después fué al campo, asombrándose ante cualquier arbusto y deteniéndose largo tiempo delante de un seto florido, en el cual cantaba un pinzón que se le figuró un ruiseñor.

Una cabra atada á una estaca le admiró durante una hora; seguía con la vista el estrecho sendero abierto entre los trigos, y pensaba vagamente en vivir siempre en el campo. Cuando la campana de la iglesia tocó el nocturno *Angelus*, lloró tiernamente.

Pero aquellas felicidades duraron poco. Después de algunos días de entusiasmo, Mauricio confesó que la naturaleza era hartó monótona y dirigió sus melancólicas miradas hacia Enghien.

Para disculparse, decía: Tengo ganas de oír algo de música.

Se vistió con cuidado, encendió un puro y echó á andar.

Encontró chiquillos montados en borricos que el arriero arreaba con su palo, chiquillas vestidas de blanco con un gorrito feo y velo de muselina, que indudablemente venían de comulgar. Pero, llegado al puente del ferrocarril, cruzó con una joven cuya hermosa le llamó la atención. La acompañaba una criada con un cesto.

—Encantadora es—se dijo volviéndose para verla otra vez.—Me ha parecido contemplar el tipo femenino bosquejado confusamente en mis ensueños. ¿Es que se encuentra así, al revolver una esquina y cuando menos se piensa, el ideal secretamente deseado? ¿Es esa la mujer que he de amar?

Después de vacilar un momento, retrocedió y dijo:

—Decididamente no voy á Enghien.

Y echó á andar detrás de la joven, cuyo vestido examinaba.

Llevaba una falda de muselina color de malva, sembrada de margaritas, y un sombrero redondo, adornado de lo mismo. Las largas puntas de un pañuelo cruzado sobre el pecho se ataban al descuido por detrás de la cintura, y las guirnaldas del sombrero le caían sobre sus hombros.

—¿Será soltera ó casada esa joven? Casi me ha parecido una niña, pero la criada y el cesto me preocupan, parecen indicar un ama de casa.

Pronto salió de su inquietud, oyendo á la criada contestar á una pregunta que le hacían:

—Sí, señorita Julieta.

—¡Precioso nombre!—pensó Mauricio.

Al llegar á la plaza del Mercado, en Montmorency, Julieta la recorría puesto por puesto, comprando toda clase de viveres, con los cuales se llenaba el cesto.

—Sin duda no tiene madre—pensaba Mauricio—y diriga la casa de su padre, comprando, disponiendo y vigilando; nada hay más hechicero que una joven dirigiendo una casa.

Como no se atrevía á seguirla en sus idas y venidas, Mauricio se colocó en una esquina de la plaza, de modo que no la perdiera de vista. Acabadas las compras, la joven se volvió á poner en camino. La criada dejó el pesado cesto en el suelo, y las dos miraron á la parte opuesta á Enghien, como si esperaran á alguien ó algo. Después de maduras reflexiones, y especialmente al ver á lo lejos una gran nube de polvo y al oír ruido de cascabeles y látigo, Mauricio adivinó que esperaban una especie de diligencia que sirve á las localidades vecinas. Lleno de maquiavelismo se lanzó hacia el coche, dejando á la desconocida á la orilla del camino, y subió como un viajero impaciente.

—Decididamente voy á Enghien—pensó.

Según había previsto, la joven hizo parar el coche cuando pasó delante de ella, y subió. Mauricio pudo mirarla entonces á gusto, porque se había sentado frente á él y se había levantado el velo. Su lindo rostro, animado por el andar y el calor, tenía una dulzura alegre y llena de encanto. La blancura de su frente resaltaba junto al color de sus mejillas y traía á la imaginación la antigua y robada metáfora del lirio junto á las rosas. Para completar el ramillete, sus grandes ojos infantiles recorda-

ban los pétalos del «no me olvides.» Pero Mauricio no sabía con qué comparar la bonita nariz de alas anchas y movibles y el precioso mohín del labio superior. En cuanto á los cabellos, ni oro, ni trigo, ni rayos del sol, parecían suficientes términos de comparación para el entusiasta y casi enamorado joven.

En efecto, realizaba el tipo soñado. Cuando volvía la cabeza y Mauricio la veía de perfil, se acentuaba el mohín del labio y daba á la boca una expresión rebelde llena de virginidad.

La joven miraba el campo por las estrechas ventanillas, pero á veces su mirada se encontraba con la de Mauricio. Entonces apartaba la cabeza y contenía una imperceptible sonrisa algo burlona. El joven, avergonzado, miraba también el campo, y entonces Julieta le miraba pensativa y curiosamente.

De Montmorency á Enghien el camino es corto. Pronto se detuvo la diligencia y la joven atravesó corriendo la calle y llamó á una puerta. La criada la alcanzó, llevando el enorme cesto, y ambas desaparecieron.

—¿Qué tendré?—pensaba, mirando á la casa de la joven.

Como los transeuntes empezaban á fijarse en él, se alejó, tomó un bote y dió la vuelta al lago; después comió en Enghien, y volvió á encontrarse en su habitación sin darse cuenta de cómo había vuelto.

Al día siguiente, sentado en la cama, con los codos en las rodillas y la cabeza en las manos, hubo de confesar que no había dormido en toda la noche y que, desde la víspera, no dejaba de pensar en Julia y en sus mohines. De manera que lo primero que hizo Mauricio en cuanto

se levantó fué marcharse á Enghien y dar vueltas á la casa donde había visto entrar á la joven.

Después de algunas horas de paciente accho, Mauricio columbró por fin á quien anhelaba ver. Vestida con un peinador blanco de largos pliegues, bajó despacio la escalinata, atravesó el césped y se sentó en la tablilla de un columpio, donde permaneció inmóvil algunos minutos, meditando, al parecer, profundamente. Después se levantó, y, mordisqueando un tallito que acababa de cortar, empezó á pasearse tranquilamente por el jardín; Mauricio oyó el crujir de la arena bajo los pies de la joven y observó sorprendido que su corazón latía con insólita rapidez.

—¡Qué locura!—murmuró encogíendose de hombros.—¿Podrá uno enamorarse así de un día á otro?

La joven pasó por delante de él, alejose después y entró en la casa.

—Ella es—pensaba Mauricio mientras se marchaba conmovido.—La he vuelto á ver, y todo el día habría estado viéndola muy á gusto pasear por el jardín. ¡Qué suaves y tranquilos son sus movimientos! A nadie he visto andar como á ella; parece que teme espantar á las moscas que revolotean por el aire. ¡Qué hermosa está su cabellera desatada y revuelta! ¡Qué hermosamente extraña su sonrisa semi enojada!

Hasta la hora de dormir prosiguió Mauricio su conversación mental. Resumía, discutía, dialogaba, y el resultado de su monólogo fué volver á hallarse á la mañana siguiente delante de la verja del jardín.

Aquel día la vió armada de un gran par de tijeras, y ocupada en cortar flores que en segui-

da colocaba en una cesta puesta sobre un banco, á algunos pasos de Mauricio.

Este se enteró pronto de que habian notado su presencia, porque Julia volvía con frecuencia la cabeza hacia él, con ademán inquieto y sorprendido.

Mi indiscreción es imperdonable—decía Mauricio sin moverse.

Parecióle que la joven no tenía prisa por alejarse del banco y adornaba con gran lentitud la cesta, y que, en cambio, cuando tenía que alejarse buscando flores, las cortaba muy de prisa y volvía rápidamente.

Mauricio no se atrevía á alegrarse, pareciéndole una fatuidad indigna.

Por una vez, Julieta, con una rama de laurel rosa humedecida en la mano, se paró y miró á Mauricio fijamente. El desdichado creyó leer en la mirada su sentencia de muerte, y estaba resuelto á caer de rodillas pidiendo misericordia, cuando de pronto la joven tiró la rama á la empalizada y echó á correr. Mauricio pasó brusca-mente de la desesperación al júbilo. Cogió tembloroso la rama á través de la verja y la besó mojándose la cara de rocío.

En seguida se retiró á acostarse, resuelto á hablar al día siguiente á Julia.

Cuando llegó al jardín la vió sentada en un banco, de espaldas al camino, y admiró su hermoso pelo peinado al descuido y que dejaba al descubierto su blanca nuca. Envióle un beso, y abrió la boca para pronunciar suave y tiernamente el nombre de su amada, cuando le pareció que habia hablado sin saberlo, oyendo una voz cercana que decía:

—¡Julieta!

Casi en aquel momento, otra joven vestida

con peinador blanco adelantó por la alameda. Mauricio la miró airado, porque le contrariaba que se atreviera á vestirse como la que él amaba.

—Debe de ser su hermana, porque es también rubia y se le parece bastante. ¡Pero qué diferencia entre ambas! Esta es mucho menos hechicera que la otra. El mohín que tanto me gusta y tanta gracia le hace á aquella, parece en ésta una mueca. Julia tiene la nariz mucho mejor hecha; las rosas de las mejillas, en ésta parecen manzanas, y los *no me olvides* de sus ojos parecen pintados en porcelana.

—¡Te esperan para almorzar!—dijo la recién venida.

—Tiene la voz de Julieta, pero menos suave—pensó Mauricio.

Viólas alejarse, observando que el vestido de Julia ondulaba con más gracia que el de su hermana, pero cuando ambas se detuvieron lejos, ya no sabía distinguir las.

—Resueltamente—murmuraba al irse—estoy enamorado por completo.

De todos modos, y cada día más prendado, se devanaba los sesos para buscar un medio de ver á Julia y, sobre todo, de hablarle.

Nada se le ocurría y empezaba á desesperarse, hasta que una noche, hacia las ocho, cuando iba á acostarse buscando hermosos sueños, saltó de pronto á la mitad de la habitación, se puso un frac negro, brincó por la ventana y echó á correr hacia Enghien.

Tuvo una idea que le pareció inspiración del cielo. Iba al casino, porque habia raciocinado del modo siguiente:

—Aquí bailan todas las noches; á las jóvenes les gusta el baile, de modo que vendrá.

Era muy temprano y Mauricio no encontró en los salones más que á algunos señores calvos que leían periódicos. Se fué á las orillas del lago. Salía la luna, dando al agua brillantes reflejos, y el espectáculo le admiró. El paisaje, esfumado por los vapores, le pareció un ensueño de las *mil y una noches*, y parecieronle ángeles los isnes que envolvían su caseta.

—Me he vuelto poético—pensó.

Cuando volvió á los salones, se llenaban éstos, pero no estaba Julia. Ya se desanimaba Mauricio, pero de pronto oyó exclamar detrás de él:

—La señora y las señoritas Manivaux están ahí.

—¡Manivaux! ¡Féisimo nombre!—murmuró. Y al volverse vió á Julieta con su madre y su hermana.

Las tres andaban despacio, devolviendo á derecha é izquierda los saludos que les dirigían. Mauricio bendijo su buena suerte, que le había hecho venir al baile.

Cuando las vió sentadas, miró atentamente á la madre de Julia, procurando leer en su rostro la ternura ó dureza del corazón y averiguar si tenía alguna probabilidad de conmovérle.

Durante el examen sufrió una impresión dolorosa, propia de su naturaleza nerviosa y extremadamente sensible: fijándose pudo ver friamente en la cara de la señora Manivaux las facciones de Julieta enrojecidas, deformadas, pronunciadas y marchitas por el tiempo implacable.

—¡Así será un día!—pensó atemorizado.

Pero apartando ideas tan sombrías, invitó á Julia para un vals. Recibióle ella con dulce mirada, y le aceptó con una serria sonrisa de

inteligencia. Pronto la cogió Mauricio y se la llevó rápidamente estremecido de felicidad. Durante la primera mitad del vals, nada pudo decir; sentíase harto conmovido para hablar, parecíale mentira tener en brazos á aquella joven, acechada diariamente de lejos, soñada cada noche, sin haberle hablado jamás. Respiraba el perfume de su pelo, seguía el vaivén de su aliento y los latidos de su corazón. Temía que fuera demasiado apasionada ó demasiado sosa la primera frase que se le ocurriera, y se callaba.

Pero temiendo que se interpretara mal su silencio, y sintiendo, además, la necesidad de romperlo, se acordó de la rama de laurel rosa.

—Quería darle á usted las gracias—dijo en voz baja—y por eso he venido aquí, suponiendo que la vería.

—¿Gracias de qué?—le preguntó Julieta alzando hacia él sus ojos azules.

—Por la hermosa flor que me dió usted y que desde ayer me ha hecho feliz.

—¿Yo le he dado á usted una flor?—preguntó sonriente.

—¿No se acuerda usted?

—No; nada le di á usted; le tiré una cosa.

—¿Como se echa una limosna á un pobre?

—No; como se tira una piedra á un indiscreto, para alejarle.

—¿Y para hacerme huir me tiró usted una flor que había mordido? Allí vi la huellade sus dientes.

—Sí la mordí, debió ser de ira.

—Ya había yo adivinado que era usted cruel, viendo el hechicero mohín en esa boca. ¿De modo que ya no me dejará usted volverla á ver desde lejos?

—Paciencia he tenido durante una semana, pero Julia ya empezaba á fijarse en usted.

—¿Julia?

—Mi hermana.

Deplorable idea haberle puesto el nombre de Julia—gruñó interiormente el enamorado.

—Le he dicho, para defensa de usted, que debía de ser vecino, puesto que le había visto en el ómnibus y había bajado al mismo tiempo que yo.

¡Qué buena es usted cuando se acuerda de nuestro primer encuentro!

—Era en jueves, día en que voy al mercado...

Acabóse el vals. Mauricio llevó á Julieta á su sitio. Estuvo muy amable con la madre y bailó con Julia.

Es raro—pensaba ballando con ella:—cuando no veo á Julieta se me figura que Julia se le parece mucho. Y, sin embargo, ésta está más bien fea con esa mueca que le levanta el labio. Tiene en el pelo el mismo perfume, pero ha echado de más; suave y delicado en los rizos de Julieta, me parece ahora violento y grosero.

—Ya tuve el gusto de ver á su hermana en el ómnibus—dijo, por decir algo.

—Sí, señor; ya me lo ha contado, era el día de ir ella al mercado.

—Las mismas palabras—pensó Mauricio.—Y, sin embargo, Julieta tiene muchísimo ingenio.

—El martes me toca ir á mí. Si hubiera usted ido en martes, me hubiera encontrado á mí.

Mauricio quiso decirle alguna galantería, pero no dijo más que sandeces. Afortunadamente cesó la música y no tuvo necesidad de acabar su frase. Entre tanto terminaba la reunión. Cuando la señora Manivaux y sus hijas

se retiraban, Mauricio las ayudó á buscar los abrigos y salió con ellas.

—¿No tienen ustedes miedo á que las asesinen, viviendo las tres solas?—preguntó.—Permítanme acompañarlas hasta su puerta, porque si las ocurriera algo, serian eternos mis remordimientos.

—No hay peligro alguno, pero aceptaremos agradecidas el amable ofrecimiento de su compañía—dijo la señora Manivaux saludándole sonriente.

Mauricio dió el brazo á la madre y echaron á andar, hablando de todo un poco.

Cuando llegaron á la casa, la señora Manivaux le dijo:

—Ya que es usted vecino nuestro, supongo que alguna vez vendrá á vernos. El domingo estamos siempre en casa.

—Tendré el honor de presentarme aquí el domingo que viene—dijo Mauricio haciéndole una reverencia, y pensó después: Esta señora es amable como toda madre que tiene hijas casaderas.

El domingo siguiente llamó á la puerta de la señora Manivaux con cierta emoción.

—La señora se está vistiendo—manifestó la criada,—pero las señoritas están en el jardín.

Y le abrió la cancela de la escalinata. Mauricio vió á las dos jóvenes bordando cerca de una mesita. Delante de ellas, y de pie, estaba una niña de trece años, vestida como las otras dos, y que volvía la espalda á Mauricio.

—¡Otra hermanita más!—exclamó éste mentalmente.

Acercóse; Julieta le sonrió, Julia le saludó y la pequeñita le miró. Mauricio la miró también y observó que tenía el labio bello,

—Lili, dale una silla á este caballero—dijo Julia.

—¿Está usted enfermo? Parece usted muy pálido—añadió Julieta.

En efecto, Mauricio estaba pálido y triste.

Procuró desprenderse de su tristeza, pero tenía el corazón en un puño.

—Bordan ustedes como hadas—dijo cogiendo la punta del bordado á Julieta.

—¿Le gusta á usted esta labor?—preguntó ésta. Y Julia dijo:

—Es un sillón; Julia borda el respaldo y yo el asiento; el respaldo es complicado.

—Yo hago los brazos—dijo Lili, colocándo su labor sobre la mesa.

—Me volvería yo loco con tanto punto y tanto hilo—prosiguió Mauricio con la muerte en el alma.

—Todo se arreglará—contestó Julieta.

—No es tan difícil como parece—añadió Julia.

—Yo le enseñaré á usted si quiere—concluyó Lili.

Mauricio miraba las manos de Julieta y así se tranquilizaba. Uno de los dedos de la joven estaba adornado con una sortija que tenía una esmeralda.

Si me la quisiera dar—pensaba—me la pondría yo en el meñique, si éste cupiera en ella. No; me la colgaría al cuello y la besaría al dormirme.

Pero mirando la mano de Julia vió brillar en ella otra esmeralda y otra en la de Lili. Ya se le quitaron los deseos de la sortija de Julieta.

De pronto, un colegial de ocho á nueve años, bajó ruidosamente la escalera, y se echó en brazos de las jóvenes, dándoles besos y lanzando gritos insoportables.

—¡Dios mío!—pensó Mauricio. ¡Un hermano! Se le conoce en la cara. Monstruoso es el chiquillo, con los ojos saltones, la nariz chata y el horrible morro! Seguramente el labio levantado no es tan gracioso como al principio me pareció; llegó á convertirse en grave defecto.

Julieta había alzado la mirada hacia Mauricio y la encaminaba hacia un instante, procurando adivinar la causa de la expresión dura y penosa que había desfigurado su rostro.

—¡Con tal que ese chiquillo no se llame Romeo!—pensaba Mauricio.

El colegial se había lanzado al columpio y se columpiaba con todas sus fuerzas, haciendo rechinar las anillas.

—¡No vayas á caerte, Julio!—gritó Lili.

—¡Julio!

Levantáronse todos y empezaron á pasear. Las alamedas estrechas permitían á Mauricio ir solo al lado de Julieta; las dos hermanas les seguían. Atrajo á Julieta hacia un banco, y la hizo sentar á su lado, diciéndole:

—Aquí arreglaba usted con tanto cuidado su cesto de flores. No perdía yo ni un movimiento de usted, que iba de un arbusto á otro ligera, fresca como las flores que cogía. Parecíame ver al hada de las brisas en mi dominio. Desde aquí me tiró usted una flor para echarme.

—¡Malo—le dijo ésta,—si se la di á usted!

—Permitame usted entonces devolverle tan dulce regalo—dijo Mauricio, feliz de nuevo.

Y cortando una rosa de te la clavó en el pelo de Julieta. Esta le dió las gracias sonriendo y mirándole dulcemente con sus ojos color de cielo.

—¿Cuando esté marchita, la guardará usted?—preguntó á media voz.

—Sí—contestó la joven bajando los ojos.

En aquel momento Julia y Lili, que sin duda los espíaban, se alejaron un momento y volvieron con rosas en el pelo. Julio había colocado una en su kepis de colegial.

Mauricio no pudo contener un movimiento de impaciencia. Arrancó la rosa que había colocado en los cabellos de Julieta, y la tiró al suelo.

La joven se levantó bruscamente con lágrimas en los ojos.

—¡Soy un bruto, un miserable!—gritó Mauricio tapándose la cara con las manos. Perdóname usted, que estoy loco. No puede usted comprender lo que padezco.

Recogió la flor y la besó.

—Déjeme usted que la guarde, porque ha tocado á su pelo.

Pero la joven, entristecida, se alejó sin responder.

Mauricio estaba desesperado; conocía que su conducta era absurda y ridícula y se preguntaba si tenía el cerebro sano. Se levantó para reunirse con Julieta y alcanzar su perdón. Pero la joven se había metido en casa. Encontró á la señora Manivaux, que bajaba la escalinata.

Mauricio se acercó á saludar á la señora, y ésta le dijo:

—Pido á usted mil perdones por haberle hecho esperar, pero supongo que mis hijas le habrán hecho á usted los honores.

Y mientras él balbuceaba frases triviales, le llevó hacia la casa y le hizo entrar en la sala. Ha sido usted muy amable viniendo á vernos—dijo á Mauricio ofreciéndole una silla.

—Mi amabilidad está llena de egoísmo—contestó con triste sonrisa—puesto que el gusto de ver á usted es el mío.

La conversación continuó algún tiempo en aquel tono. La señora Manivaux hacía esfuerzos vanos para darle mayor intimidad; Mauricio parecía complacerse en sostenerla en el terreno de la trivialidad.

Julia y Lili habían entrado en la sala.

—Tocad algo—les dijo su madre, que ya no sabía qué hacer.

Algo se hicieron rogar, pero al fin empezaron una sonata á cuatro manos.

Mauricio las escuchaba, mirándolas con el rabillo del ojo y con sonrisa falsa; no veía allí más que muchachas casaderas escasas de dote y atractivos. Ausente Julieta, le parecía que se diferenciaba poco de sus hermanas, y pensaba:

—¿Qué demonios hago yo aquí?

Terminada la sonata, Mauricio elogió á las jóvenes y se levantó para marcharse.

—Ya nos volveremos á ver—dijo la señora Manivaux tendiéndole la mano.—¿Estará usted aquí una temporada?

—No, señora; asuntos de importancia me llevarán á París antes de lo que yo quisiera, pero ya vendré á despedirme de ustedes.

En aquel momento entraba Julieta. Mauricio le dirigió la vista, y ante la palidez de la joven y la tristeza digna de su mirada, apretósele el corazón y sintió renacer su amor todo entero.

Alejóse, sin embargo, enviando á Julieta una mirada llena de arrepentimiento y de silenciosa súplica, pero ella pareció no verla.

De vuelta en su casa, sólo á ella veía, y sintió vivo dolor al pensar en marcharse y no volverla á ver.

—¿Por qué habré dicho que me marchaba? Está visto que soy un loco de atar—decía.

No probó bocado en la comida, y por la no-



che le sacaron de la cama el insomnio y la fiebre. Salió y anduvo dando vueltas á la casa de Julieta.

Una ventana del primer piso estaba abierta y se veían pasar sombras.

—Alguien hay enfermo—pensó Mauricio conmovido.

Al cabo de un momento abrieron bruscamente la ventana como para airear á una persona angustiada.

—Sufre—pensaba Mauricio—y me parece que es por culpa mía. Nuestros corazones se comprenden; bien sabe que la amo y parece responder á mi amor. Le he dado un disgusto estúpido y cruel y no merezco que me ame.

Continuó mirando con ansia á la ventana, con la esperanza de adivinar, por una casualidad, lo que pasaba allí dentro. De pronto, la idea de que podía ser Julio, enfermo de una indigestión, el que hubiera revuelto la casa, le pasó por la imaginación, y se encontró allí tan ridículo haciendo centinela, que se puso colorado. Poco duró aquel mal sentimiento; oyó algo como un sollozo, y con el corazón, más bien que con el oído, reconoció la voz de Julieta. Con irreflexivo movimiento iba á trepar á la ventana, cuando oyó pasos en la calle. Tuvo que estarse quieto, y el nuevo día le obligó á marcharse. No se atrevió aquel día á presentarse en casa de la señora Manivaux y pasó muy mal la tarde.

Por la noche fué al casino, esperando saber algo. Dió varias vueltas por los salones, y cuando iba ya á retirarse, oyó decir detrás de él:

—Ahí vienen la señora Manivaux y su colegio.

—¡Su colegio! ¡Y qué verdad es!—se dijo Mauricio con irónica sonrisa.

Primero venía Julio, después Lili, luego Julieta, detrás la señora Manivaux. Todo el mundo les miraba, y sus ademanes parecían torpes.

Julieta no estaba con ellos.

Mauricio se ocultó detrás de los grupos, salió del casino, y corrió á casa de la joven, diciendo entre sí:

—Puede que la vea.

La ventana del salón del piso bajo que daba á la calle estaba entreabierta, y la luz pasaba á través de las cortinas corridas; Mauricio dijo:

—Ahí está.

Acercóse con sigilo á la ventana, y mirando por la abertura de las cortinas vió á Julieta medio echada en un sillón, inmóvil, y con la frente en la mano. La luz de la lámpara, atenuada por un globo, la rodeaba de una claridad pálida y suave. Llevaba un peinador blanco; la cabellera rubia estaba atada al descuido, y profundo pesar parecía abrumarla.

Dejó caer la mano y Mauricio la vió llorar.

—¡Julieta!—gritó y se precipitó á la reja, cuyos barrotes sacudió con fuerza.

La joven había corrido á la ventana y apartó las cortinas; Mauricio quiso cogerle una mano, pero ella retrocedió.

—¡Está usted ahí!—dijo con alterada voz.

—Ruego á usted que no se vaya, dígame que me perdona.

—¿Qué tengo que perdonar?

—Julieta—contestó con gravedad,—no juguemos con el corazón, no ocultemos nuestros sentimientos bajo fingidas palabras; ya ha adivinado usted que la quiero con toda el alma. Tengo la audacia de creer que no le soy indife-

rente. Sin embargo, ayer la he disgustado, y el dolor y remordimiento que por ello siento me han castigado lo bastante. Dígame usted que me perdona y que me quiere un poco.

—¿Qué le importa á usted eso, si se marcha?

—No, Julieta, no me marchó. No sé qué diablo me inspiró la idea de decirlo. Estoy encadenado aquí, y, aunque quisiera, no podría irme.

Volvió al día siguiente y halló á toda la familia reunida. Le contaron que Julieta había estado bastante mal, pero que la enfermedad había cesado repentinamente la víspera por la noche. Cambió con la joven una sonrisa de inteligencia.

Mauricio se marchó temprano, sin notar la palidez y abatimiento de Julieta, silbando y con el corazón completamente frío.

En el casino encontró un médico, con el cual había entablado relaciones, y le dió conocimiento del singular estado de espíritu en que se hallaba. El médico le contestó:

—Tiene usted un principio de neurosis. Cambie usted de aires, viaje usted.

—¡Si pudiera viajar sólo con ella!—decía entre sí Mauricio.

Algunos días después, recibía Julieta la siguiente carta:

«Si no me quiere usted, dulce y amada Julieta, no lea esta carta, porque no le encontrará sentido; pero si experimenta hacia mí un átomo del sentimiento profundo y ardiente que usted me inspira, léala, en nombre del amor, hasta el fin y sin cólera. Extraño combate se da en mi alma. Usted lo ha entrevisto, pero sin comprenderlo del todo. Por eso ha sufrido usted, y á pesar de mis esfuerzos no puedo vencerme á mí mismo. Apenas me atrevó á confesárselo á us-

ted, pero su familia me inspira celosa aversión: No puedo ver á sus hermanas, porque se atreven á parecerse á usted; ni siquiera á su madre, que ha sido tan hermosa como usted: Me parece ver en ellas espejos imperfectos que deforman esa imagen. Mi sueño se turba, mi amor vacila. La belleza de usted se oscurece con las imperfecciones de los que la rodean, y si no huyera yo de ahí, mi amor perecería como en un aire asfixiante. Prefiero el padecimiento que se apodera de mí lejos de usted, á la absurda ironía que me hiela el corazón en su casa. Por fin, prefiero que mi amor me mate á que mi amor muera. No dude usted de la lealtad de mis sentimientos. Julieta, me atrevo á creer que querrá usted casarse conmigo. Pero, si me ama usted, deme una prueba de confianza. Venga usted á mi casa. Huremos lejos de aquí. Su madre consentirá en nuestro enlace y nos casaremos en el extranjero. Al escribir esto, no se me oculta lo insensato de mi súplica, pero, de todos modos, la espero á usted durante ocho días. Transcurridos estos, todo habrá acabado para mí. Soy un miserable loco. Tenga usted compasión de mi debilidad.»

Al leer esta carta, Julieta quedó asombrada, sin voz y sin conocimiento. Después se sonrojó de pronto, arrugó el papel con rabia y lo tiró lejos de sí.

Mauricio esperaba con dolorosa ansiedad, recobraba la razón poco á poco y comprendía lo indigno de su carácter. Veía que se habían cerrado para siempre las puertas de aquella casa hospitalaria, y quizá también el corazón de Julieta. Sin embargo, aguardaba.

De pronto sintió apoyarse una mano en su hombro, alzó la cabeza y vió á Julieta delante de él.

Por poco le sofoca la emoción; no pudo decir una palabra, pero se agarró al vestido de la joven como si hubiera temido verla alejarse.

Es usted un niño enfermo, Mauricio—le dijo, poniéndole la mano en la frente abrasada.—Ya le curaremos á usted.

Mauricio vió entonces á la señora de Manivaux junto á su hija, mirándole con dulce y benévola mirada y dispuesta á llorar ante el espectáculo de su dolor.

—Vea usted á donde llega la debilidad de una madre—prosiguió Julieta;—la mía ha leído la carta y no ha querido que yo le abandone á usted. Quería yo borrar su nombre de mi corazón y mi madre ha intercedido por usted, pero no ha perdonado aún; antes ha de merecer usted el perdón de la que ha ofendido gravemente y que, con su bondad, ya lo ha olvidado.

—¡Madre mía!—exclamó Mauricio lanzándose hacia la señora Manivaux, que le abrió los brazos llorando.

—¡Hijo mío—le dijo,—no se atormente usted más, venga usted con nosotros, yo le perdono! Y añadió bajito:

—Todas esas malas ideas se le pasarán á usted cuando tenga hijos que se le parezcan á Julieta.

P  
. S  
C